

N.º1 EN FRANCIA CON MÁS DE 200.000
EJEMPLARES VENDIDOS

FRÉDÉRIC LENOIR

El

ALMA

del

MUNDO

Un relato inspirador
sobre las claves fundamentales
de la sabiduría universal

Ariel

Frédéric Lenoir

El alma del mundo

Traducción de Malika Embarek López

Ariel

Título original: *L'âme du monde*

Primera edición: abril de 2013

Primera edición en esta presentación: octubre de 2021

Publicado originalmente por Nil Éditions, París

© 2012, Frédéric Lenoir

© 2013 y 2021, Malika Embarek López, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3384-7

Depósito legal: B. 13.385-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Primera parte

Al pie de la montaña blanca

1. Partir.	11
2. El monasterio	17
3. Tenzin	19
4. Un manantial, un elefante y una montaña... ..	23
5. Emociones amorosas	27
6. Sueños.....	31
7. Lo esencial es invisible a los ojos.....	37
8. La cometa y el alma del mundo	43

Segunda parte

Las siete claves de la sabiduría

Primer día: El puerto y el manantial

Del sentido de la vida

49

Segundo día: La noble unión

Del cuerpo y del alma

63

Tercer día: Ve hacia ti mismo	
<i>De la verdadera libertad</i>	75
Cuarto día: Abre tu corazón	
<i>Del amor</i>	89
Quinto día: El jardín del alma	
<i>De las cualidades que debemos cultivar y los venenos que debemos desechar</i>	99
Sexto día: Aquí y ahora	
<i>Del arte de vivir</i>	115
Séptimo día: La felicidad y la infelicidad están en ti	
<i>De la aceptación de lo que es</i>	127

Tercera parte

Y la oscuridad caerá sobre la Tierra

1. La gruta	141
2. La cólera	143
3. La desolación	147
4. La carta	151
5. La esperanza	155
<i>Agradecimientos</i>	157

PARTIR

ESTOS EXTRAÑOS ACONTECIMIENTOS sucedieron en espacio de unas horas.

El viejo rabino Salomón, sentado en la cocina de su casa, oyó una voz que le ordenaba: «¡Ve a Tulanka!». Llamó a su mujer, Raquel, pero ella no había oído nada. Creyó, pues, que había sido un sueño. Al rato, la voz resonó de nuevo: «¡Ve a Tulanka! ¡Apresúrate!». Se dijo entonces que quizá Dios había hablado con él. ¿Por qué con él? Rabí Schlomo —así lo llamaban— era un hombre con gran sentido del humor y una mente especialmente abierta, ya que pertenecía a la corriente liberal del judaísmo. Hacía cuarenta años que había abandonado Nueva York, con su esposa y sus cuatro hijos, para irse a vivir a Jerusalén. Allí estudiaba y enseñaba con entusiasmo la tradición mística del judaísmo, la Cábala, a un grupo de estudiantes judíos y no judíos. Pidió a su nieto Benjamín que buscara en Internet dónde estaba Tulanka. «Es un monasterio budista situado en el Tíbet», respondió el muchacho. El cabalista se quedó

estupefacto. «¿Por qué querrá el Eterno mandarme, a mis ochenta y dos años, al Tíbet?»

Ansyá no lograba conciliar el sueño. Salió de su yurta y contempló el cielo cuajado de estrellas. A esta joven pastora nómada le gustaba el espacio infinito del cielo y la inmensidad de las estepas de Mongolia donde había vivido casi toda su vida. Aspiró con fuerza el aire puro y volvió a entrar a la tienda de campaña donde vivía con su tía, una mujer chamán que hablaba con los espíritus. La anciana había descubierto que su nieta también tenía ese don y la había iniciado en él. La gente acudía casi diariamente a consultar a las dos mujeres. Como Ansyá era muy guapa y soltera, algunos hombres se inventaban dolores imaginarios solo por verla. Ella entonces salía de su yurta, llevaba a pastar el ganado, y ellos, desilusionados, eran atendidos por su vieja tía medio ciega. Cuando estaban realmente enfermos, Ansyá tocaba el tambor y convocaba a los espíritus para liberar los cuerpos y las almas. Bailaba hasta entrar en trance.

Ese día, había tenido una visión extraña que la había agotado. Mientras estaba curando a una joven madre, se le apareció un espíritu luminoso, indicándole con una señal que debía partir. No entendió el significado del mensaje y se lo contó a su tía, que enmudeció al oír-la. Y cuando Ansyá entró en la yurta, en mitad de la noche estrellada, la anciana, sentada en su cama, le dijo: «He visto en sueños el lugar adonde debes dirigirte. Es

un monasterio tibetano en la frontera entre la China y la India. Ponte en camino de madrugada».

A miles de kilómetros de allí, el padre Pedro también tuvo un sueño. Oriundo de Salvador de Bahía, este monje católico llevaba más de veinticinco años en Oregón, Estados Unidos. Había abandonado el monasterio trapense y vivía en una humilde ermita en el bosque donde, entregado a la oración, pensaba acabar sus días. Y, de pronto, una niña en su sueño le ordenaba partir sin demora hacia un monasterio tibetano situado en la otra punta del mundo. Su corazón brasileño creía en la verdad de los sueños y en la naturaleza un tanto mágica de la existencia. Intrigado, partió para la China.

Ma Ananda, una mística hindú, dirigía una pequeña comunidad ashram en el norte de la India. Esta mujer oronda, de edad indefinida, había sido reconocida desde su niñez como una gran santa, una «liberada en esta vida». No había estudiado nunca, pero se había dedicado a enseñar a los demás.

Partió de madrugada, sin tan siquiera darse la vuelta para mirar a sus discípulos, entristecidos al verla marchar por un tiempo y a un lugar que no reveló a nadie.

El maestro Kong contó a su mujer lo que le había ocurrido. El anciano sabio chino vivía modestamente con su familia no lejos de Shangai. Dirigía un peque-

ño templo taoísta, donde pasaba la mayor parte del día sentado en el suelo sobre un cojín, enseñando los fundamentos de la sabiduría china a un grupito de discípulos, entre ellos a algunos occidentales. Sin saber muy bien por qué, se había manifestado tardíamente en él una súbita afición por la tecnología. Tenía un ordenador portátil y un teléfono móvil por satélite, y sus discípulos le habían regalado por su 75 cumpleaños un GPS de última generación, que utilizaba una o dos veces por semana para ir a un pueblo cercano, aunque se sabía el trayecto de memoria. Esa mañana, mientras lo encendía, observó con asombro que en la pantalla aparecían una latitud y una longitud. Extrañado, comprobó las coordenadas y descubrió un punto en el Tíbet. Convencido de que nadie había podido utilizar su GPS sin su permiso, consultó el *Yi-King*. El libro de los oráculos le respondió: «Conviene partir». Sin dudarlo, se despidió con un beso de su esposa, hijos y nietos, y emprendió el camino hacia el Tíbet.

Para Cheij Yusuf, fundador de una pequeña cofradía musulmana sufí de Nigeria, el viaje fue más duro. Este gigantón se había quedado petrificado al ver brillar con un extraño fulgor las letras *T, U, L, A, N, K* y *A* en la primera página del libro que estaba leyendo. En ese momento, el viento pasó las páginas de su Corán deteniéndolas en la sura de la peregrinación. Cheij Yusuf se despidió de su familia, apenado, pues hacía

poco tiempo que su esposa había dado a luz a Leila, la quinta de sus hijos. Pero la fuerza que lo empujaba a partir era enorme. No sabía qué caminos tomar, sin embargo el destino lo guió por medio de señales y encuentros fortuitos.

La que más dudó fue Gabrielle, la filósofa neerlandesa. Profesora de filosofía griega en la Universidad de Amsterdam, era una ferviente discípula de los sabios estoicos y de Spinoza, el más insigne holandés. Para esta mujer de unos cuarenta años, la sabiduría era laica, una sutil mezcla de razón e intuición, y debía servir principalmente para ayudar a vivir. Hacía algunos años que pertenecía a una logia masónica femenina, donde se dedicaba con pasión al estudio de la simbología. Esa noche no conseguía conciliar el sueño. Se levantó de madrugada, encendió el televisor y dio con un programa dedicado al budismo tibetano. Cuando apareció el monasterio de Tulanka, un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies. Sin saber por qué, una idea fija se adueñó de su mente: abandonar todo y dirigirse hacia aquel monasterio. Intentó olvidar esa obsesión y se tomó un somnífero. Pero, al día siguiente, se cruzó en la calle con una señora que gritaba a su perro: «¡Tulanka! ¡Al pie!». Las últimas dudas que le quedaban se disiparon. Llamó por teléfono a su ex marido para que se ocupara durante unas semanas de Natina, la hija de ambos, pero le era imposible ya que debía asistir a

un congreso en el extranjero. La hija, que había oído la conversación, suplicó a su madre que la llevara con ella al Tíbet. Empezaban las vacaciones escolares de verano y no tendría ninguna obligación durante más de seis semanas. Natina, a punto de cumplir catorce años, era una adolescente voluntariosa y con inquietudes, que soñaba con viajes a tierras lejanas. Al principio, Gabrielle se negó a que la acompañara e intentó buscar otras soluciones. Sorprendentemente, una tras otra fallaban. La filósofa dedujo con serenidad que el destino lo había decidido así. Natina se echó a los brazos de su madre: «Entonces ¿ya está decidido? ¿Nos vamos al Tíbet?».